

consistencia, que se chocan y se destruyen, cuya enunciación aun no habéis podido oír sin irónica sorpresa ; por la otra parte existe la doctrina católica, doctrina sencilla, natural, en que todo está definido y todo sentado sobre sólida base. Entrad en el seno de la Iglesia ; pasad desde el campo de las turbaciones al campo de la paz ; desde el campo de la oscuridad al campo de la luz ; desde el campo de la estrechez al campo de la extensión, de la anchura y de la profundidad, á fin de que al encontraros un día en lugares mas íntimos que estos, pueda decirse lo que S. Pablo decía á los primeros cristianos : *En otro tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor* (1).

(1) Epíst. á los Efesios, cap. 5, vers. 8.

SERMON VIGÉSIMO.

De la razon católica y de la razon humana en sus relaciones.

Pasamos, el domingo último, de la cuestion de la certidumbre católica á la cuestion del conocimiento católico ; y comparando en conjunto el conocimiento humano con el conocimiento católico, demostramos que el conocimiento humano carecia de extensión, de profundidad y de claridad : de extensión, porque no ve mas que un corto número de seres ; de profundidad, porque no penetra mas que en la superficie de las causas, de las leyes y de las sustancias de donde se derivan los fenómenos ; de claridad, porque al lado mismo de las cosas que conoce, se halla siempre asentado entre abismos que no puede sondear ; mientras que el conocimiento católico es claro, porque Dios ha decidido todas las cuestiones que embarazan al espíritu humano, y las ha decidido por su palabra soberana é infalible ; es extenso, porque Dios nos ha abierto el mundo de parte á parte, nos ha mostrado el polo oriental y el polo occidental, y medido el diámetro ; es profundo, porque nos ha hecho conocer las causas primeras, las leyes primeras, la sustancia primera.

Y ahora, es evidente que existen en la humanidad dos razones : la razon humana, y la razon católica. Siendo la razon un conjunto de verdades que ilustran el entendimiento, se identifican con el hombre y llegan á ser el principio de sus actos, existe un conjunto de verdades humanas y un conjunto de verdades católicas, y ambos se identifican con el hombre, ilustran y perfeccionan su entendimiento, y son el principio de sus actos ; por consiguiente existe una razon humana y una razon católica, un doble foco de actividad y de vida, tan diferente uno de otro, que un acto cuerdo bajo el punto de vista de la razon católica, puede ser insensato bajo el punto de vista de la razon humana, y vice versa. De aquí surgen muchas cuestiones, que se reducen á una sola : ¿ Qué relacion existe entre la razon humana, y la razon católica ? ¿ Qué son estos dos faros encendidos en

medio de la humanidad? ¿Están en contradicción ó en armonía? ¿Están separados ó unidos? ¿Se corresponden ó no se corresponden? Se hallan á la entrada del puerto de la humanidad como dos antorchas paralelas que se ayudan entre sí, ó bien se hallan perdidos en el espacio que los separa y no les permite ni aun siquiera verse? ¿Hay igualdad entre estas dos razones ó jerarquías? ¿Hay paz ó guerra? y si hay guerra, ¿cuál es la táctica general?

Toda razon, ya sea humana, ya sea católica, se compone de primeros principios y de consecuencias. Los principios son verdades ciertas indemostrables, y que sirven para demostrar lo restante. Son verdades ciertas, porque si no fueran verdades ciertas no serian principios: son indemostrables, porque si se pudieran demostrar no serian principios primeros; sirven para demostrar todo lo restante, porque si nada produjeran, si no demostraran nada, no serian principios. Así la verdad es para nosotros como un germen que se halla sembrado en nuestro entendimiento, y que allí crece, se desarrolla, y produce flores y frutos. En Dios, como dice Pascal, la luz es un círculo cuya circunferencia no se halla en ninguna parte, y cuyo centro se halla en todas; pero en cuanto á nosotros, nos hacia falta un punto de apoyo, necesitábamos algo de fatal que nos sirviese de principios, de punto de partida, de principio luminoso.

Por ejemplo, el ente existe: hé aquí un primer principio de la razon humana. Una cosa no puede existir y no existir á la vez bajo el mismo aspecto; hé aquí otro principio de la razon humana. Dios es uno en tres personas: hé aquí un primer principio de la razon católica. Así como el primer principio de la razon humana es verdadero y no se demuestra, este otro primer principio: Dios es uno en tres personas, es verdadero y no se demuestra. El uno comienza, y el otro comienza tambien; con la diferencia que la certidumbre de los principios de la razon humana, y la certidumbre de los principios de la razon católica, no son de la misma naturaleza.

Ahora bien, estos primeros principios de la razon humana y de la razon católica ¿están en contradicción ó en armonía? No pueden estar en contradicción; porque ¿qué son en suma? Verdades. La verdad es lo que existe: lo que existe no puede contradecir á lo que existe. Además, la verdad considerada en su origen es Dios mismo, y aunque su luz, una é inmutable, se comunica á nosotros por dos conductos, al separarse no puede perder su unidad, pues de otro

modo Dios mismo no seria uno. Hay, pues, armonía entre la razon humana y la razon católica; y cuando nos pedís que nuestros principios católicos no contradigan vuestros principios humanos, teneis razon, estais en vuestro derecho, y nosotros estamos en el nuestro, demostrándoos, como lo haremos, que realmente no se contradicen.

Pero de que la razon humana y la razon católica no estén en contradicción, ¿se deduce necesariamente que estén en comunión, que se penetren, y se presten mutuo auxilio? Sí, necesariamente. Entre la razon humana y la razon católica existe una triple comunión; comunión de inteligibilidad, de analogía, y de confirmación recíproca.

Comunión de inteligibilidad; porque si la razon humana no entendiera á la razon católica, y la razon católica no entendiera á la razon humana, no solamente habria en el espíritu humano dos especies de verdades procedentes de dos manantiales distintos, sino que habria dos entendimientos en el hombre, y dos entendimientos totalmente extraños uno á otro; lo cual no se concibe en un sér único. El entendimiento humano es uno, aunque iluminado por dos luces que forman en él una doble razon. Y de hecho, cuando la palabra divina me dice: Dios es uno en tres personas; ¿no veis que si yo no tuviera anteriormente las ideas de Dios, de unidad, de triplicidad, de personalidad, ni aun siquiera entenderia la palabra de Dios? Y puesto que la entiendo, es evidente que todas las palabras de esta proposición: Dios es uno en tres personas, pertenecen á un origen comun de inteligibilidad, el mismo para la razon humana que para la razon católica; ó mas claro, que la razon humana da á la razon católica el sentido de cada una de esas palabras aisladas, mientras que la razon católica da á la razon humana el lazo que las une, formando una proposición nueva, de modo que la razon humana y la razon católica, unidas y fundidas en conjunto, se hallan enteras una y otra en esta enunciación: Dios es uno en tres personas.

Comunión de analogía; porque, yo os pregunto, ¿qué nos ha revelado la naturaleza? ¿De quién es ella espejo, de quién nos representa la existencia y los atributos? De Dios; S. Pablo es quien nos lo enseña: *Las cosas invisibles de Dios han sido hechas inteligibles por la creación* (1). ¿Y qué es lo que tambien se nos ha revelado por la palabra de Dios? Dios mismo, de una manera sin

(1) Epíst. á los Romanos, cap. 1, vers. 20.

duda mas íntima, mas completa, pero siempre Dios. Ahora bien, manifestándonos una misma cosa esta representacion primera de Dios, y esta representacion segunda de Dios, es imposible que no exista entre ellas analogía, es decir, que yo no encuentre en la naturaleza una sombra de lo que encuentro en la palabra de Dios, y que yo no encuentre en la palabra de Dios una luz que resalte sobre la misma naturaleza; de modo que son dos focos de luz, que se comunican mutuamente sus rayos para producir esa luz total y magnífica que llamamos teología.

En fin, comunión de confirmación recíproca entre la razón humana y la razón católica; porque, Señores, dónde está nuestra prueba de que Dios ha hablado á los hombres, sino en nosotros mismos, en la naturaleza y en sus obras visibles? ¿Dónde nos inspiramos nosotros para confundiros, sino en vosotros mismos, en vuestra razón propia? ¿A qué tribunal os citamos, cuando os acusamos de desconocer la verdad? ¿No os tomamos por jueces á vosotros mismos? Yo no tengo guardia pretoriana para imponeros la verdad por la fuerza; preciso es que os persuada. ¿Y cómo he de persuadiros si no me dirijo á algo que se halle en vosotros, que conspire contra vosotros mismos, si mis medios de ataque no están en vuestro entendimiento, si mis pretorianos no están en vuestra propia alma y no se vuelven contra vosotros? ¿Qué hago? ¿Qué debo hacer? ¿Qué he hecho? A imitación de Temístocles, he venido á sentarme en vuestro hogar mas íntimo, á mezclarme en vuestras impresiones, en vuestras esperanzas, en vuestro amor, en vuestros odios, en vuestros deseos, en todo lo que sois, y por consiguiente en vuestra razón humana, que es el pedestal necesario donde erigiré en seguida esta estatua de la verdad, á que llamo yo la razón católica. Nosotros no nos ocultamos, ni tenemos interés alguno en hacerlo. ¿Por ventura Aquiles, inmóvil sobre un pedazo de mármol, tiene interés en romperlo? ¿La razón! nosotros somos sus primeros é inmortales defensores. Yo en este mismo instante protejo vuestra razón contra ella misma, y trazándole límites, os impido oscurecerla y mancillarla. ¡Ah! no solo ha sido confiada á la Iglesia la razón católica, sino tambien la razón humana, y donde quiera que la razón católica desfallece, la razón humana tambien se debilita. Así, no triunfeis demasiado pronto de las confesiones que os hago; no creáis que nada os damos en cambio del apoyo que nos prestais. Si vuestra razón humana confirma mi razón católica, tambien vuestra razón necesita ser confirmada por la mia. Porque

¿cuál es vuestra llaga, esa llaga de la razón humana que os corroee, ese suspiro de vuestra alma que escucho apenas se acerca á mi oído?... ¡Ah! vosotros sabeis el nombre, es el suspiro y la pesadumbre de todos, es la duda.

Os conjuro á todos á que me digais por qué venís á este sitio: ¿qué pasa aquí que os conmueve y os obliga á venir á escucharme? ¡Ay de mí! en vuestro orgullo, que es desmesurado, aunque legítimo por muchos títulos, en ese orgullo sin fondo ni riberas nada el escepticismo como un bajel sin piloto en la inmensidad del Océano. ¡Cuán grande y magnífica es vuestra nave! Tiene tres puentes, está armada con cincelados y poderosos cañones, habeis inventado la pólvora para hacer sentir á lo lejos su efecto y atraeros todas las riberas; pero ¡infortunados! solo el silencio os responde: el faro de vuestra razón no se os aparece nunca, y la tierra huye de vosotros como huía de Colon. ¿Y por qué? Ya os lo dije el otro día; porque no teneis extension en vuestra razón para medir el abismo de la vida, ni profundidad para sondearlo, ni claridad suficiente para iluminarlo. ¿Qué quereis encontrar mas que la duda? Pues bien, esa duda os la quitamos nosotros. La razón católica se apodera de vuestra razón trémula, la tranquiliza, la afirma, le abre el horizonte, se coloca delante de ella como una pirámide vuelta hácia el Oriente; y vosotros, árabes de la verdad, que vais por vuestro camino, vencidos por el solo aspecto de aquella masa, aun luchais á pesar de todo, y ensayais contra la inmutabilidad el poder del movimiento; la pirámide os contempla, permanece muda, y su silencio es todavía mas poderoso que seis mil años de vuestra palabra.

Entre nosotros pues, Señores, el apoyo es mutuo; nosotros nos apoyamos sobre vosotros para confirmar nuestra razón, y mientras que vosotros no os apoyais en nosotros para confirmar la vuestra, no teneis camino para salir de la duda.

Pero á pesar de esas relaciones de inteligibilidad, de analogía, de confirmación recíproca, no olvidemos que las dos razones continúan siendo realmente distintas, pues de todos los principios humanos nunca deduciréis este primer principio católico: Dios es uno en tres personas. Ahora bien, donde falta la filiación entra necesariamente la distinción. No siendo la razón católica una consecuencia de la razón humana, pertenece á un orden distinto; posee verdaderos principios, empieza en sí misma, ó mas bien empieza en Dios, sin ningun intermediario entre él y ella; y por consiguiente la re-

lacion de comunión no destruye la relacion de distincion entre la razon humana y la razon católica.

Aquí supongo que os asalta una duda, y que me interrumpís preguntando: Puesto que la comunión es necesaria entre las dos razones, ¿por qué son dos? ¿De qué sirve la dualidad allí donde se quiere tener la unidad? ¿Qué extravagancia que Dios, queriendo iluminarnos, no haya encendido un solo fanal en vez de encender dos, y que haya querido que esta luz total fuese resultado de una luz doble! ¿Y por qué? Podría deciros sencillamente que no sé absolutamente nada: podría recordaros que sois cuerpo y alma, y de consiguiente unidad; que Dios ha constituido vuestra propia esencia en medio de una dualidad perfectamente distinta, que conduce á una unidad real de la persona humana; que la humanidad se compone de dos sociedades, la sociedad temporal y la sociedad espiritual; y que así como el cuerpo y el alma conducen á la unidad de vuestra persona, la sociedad espiritual y la sociedad temporal á la unidad del género humano, así no es sorprendente que haya tambien en vosotros dos razones, una razon humana y una razon divina, perfectamente unidas, aunque diversas en un todo; y si aspiráis á averiguar la causa, os la diré en cuanto es posible conocerla. Consiste en que sois el límite de dos mundos, el punto de union de la naturaleza baja con la naturaleza alta, del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus; de donde resulta necesariamente en vosotros el juego singular de una doble vida, materia y alma en conjunto, sociedad temporal y sociedad espiritual, luz natural y luz sobrenatural. Esta es, Señores, la dificultad de nuestra posicion, como tambien es su dignidad, y está dificultad es grande: toda la historia humana, toda la historia del entendimiento, toda la historia de la sociedad toma sus giros y revueltas en esa inmensa dificultad de la dualidad en la unidad, y de la unidad en la dualidad. Nosotros tentaremos mil vias para salir de aquí, para separar el alma del cuerpo, ó el cuerpo del alma; la sociedad temporal de la sociedad espiritual, ó la sociedad espiritual de la sociedad temporal; la luz natural de la luz sobrenatural, ó la luz sobrenatural de la luz natural: la esencia de las cosas se resistirá siempre á estos esfuerzos desesperados. El primer principio de la sabiduría es aceptar lo que existe: lo que existe es la dualidad en la unidad: y el deber de los verdaderos filósofos y de los verdaderos hombres de Estado es respetar y constituir la dualidad, respetando y constituyendo la unidad al propio tiempo. Atacar la unidad es destruirlo todo; atacar

la dualidad es oprimirlo todo. Siempre protestará el género humano contra este doble ataque, porque no puede querer la opresion ni la anarquía: la verdad está en medio.

Ahora, Señores, que hemos corroborado la relacion de armonía y de comunión entre la razon humana y la razon católica, busquemos si existe entre ellas una relacion de subordinacion. Ya hemos dicho que de la razon humana no se deduce la razon católica, ni vice versa. No hay, pues, que buscar entre ellas una relacion de filiacion, ni por consiguiente la subordinacion que de esta relacion nace.

¿Están ligadas, al menos, por una subordinacion de antigüedad? ¿Precede la razon humana á la razon católica, ó precede la razon católica á la razon humana? Ni lo uno ni lo otro. Cualesquiera que sean los sistemas sobre el origen de los primeros principios humanos, sistemas que no investigo ahora, existe siempre sobre este punto un hecho irrefragable, y es que la razon humana no ha descendido á aquel á quien no se ha hablado: es que el sordo-mudo, nacido en medio de vuestras ciudades, de vuestros espectáculos y del espectáculo del cielo, no posee verdades generales ni principios metafísicos hasta el dia en que la palabra humana viene á comunicárselos. Y como la palabra humana en el momento en que vibra en el oído del hombre, le habla á la vez el lenguaje humano y el lenguaje divino, el nacimiento de la razon humana y de la razon divina se confunden. Les da sér la misma cuna, y la misma palabra los llama; palabra á la vez terrenal y celeste, humana y sobrehumana, y que encierra indisolublemente unido todo el poder que hay en la una y en la otra razon. Por eso la primera palabra ha sido dada por Dios á la madre, que nunca ha blasfemado de Dios. Si se hubiera confiado nuestra cuna á los hombres, acaso en la animosidad de sus pasiones hubieran podido robarnos á Dios y esforzarse en oscurecer nuestra razon divina; pero nuestra cuna ha sido puesta bajo la custodia de nuestras madres, y hasta ahora, aun en los cultos falsos, los niños han aprendido á nombrar á Dios al mismo tiempo que al hombre; han aprendido á nombrar al padre que está en los cielos al mismo tiempo que al padre que está sobre la tierra. Yo os doy gracias, madres cristianas, en nombre de vuestros hijos que se hallan aquí presentes, y en nombre de la humanidad entera.

Bajo el aspecto de la antigüedad no está, pues, subordinada la razon humana á la razon católica, ni la razon católica á la razon

humana; son dos hermanas nacidas en el mismo día. Sin embargo, Señores, por lo mismo que la razón católica lleva al hombre mas lejos en extension, en profundidad y en claridad, por lo mismo que aumenta el capital intelectual del género humano, es evidente que lleva mucha ventaja á la razón humana. La razón católica abarca la razón humana, mientras que la razón humana no abarca la razón católica; la razón católica es la razón humana, con mas alguna cosa, y como lo mas lleva ventaja á lo menos, como la adición supera á la sustracción, hasta en virtud de las leyes de la aritmética, es claro que la razón humana está subordinada á la razón católica.

Relacion de armonía, de comunión en la distinción, de subordinación jerárquica, ved aquí, Señores, todas las relaciones que unen la razón humana con la razón católica. Y sin embargo, existe la guerra entre estos dos poderes, una triple guerra; guerra social, guerra científica, guerra racional.

Guerra social: es decir que la razón humana por medio de la violencia, de la astucia y de la falsa legalidad se esfuerza en proscribir la razón católica y en poner trabas á su desarrollo.

Guerra científica: es decir, que los sabios, que deberían mostrarnos en todo la idea divina, nos la ocultan de continuo, y prefieren mentir á la misma verdad científica antes que prestar algun apoyo en el espíritu humano á la verdad divina.

No debo ocuparme de estas dos especies de guerra; voy á hablaros solo de la guerra racional, porque es relativa á las relaciones de la razón humana y de la razón católica, relaciones que estudiamos ahora. Esta guerra es la mas universal de las tres, porque hay pocos sabios y pocos hombres públicos, mientras que todo hombre posee los elementos de la razón; y por consiguiente la guerra racional de la razón humana contra la razón católica es la guerra de todos contra todos. Nosotros decimos: Existe una relacion de armonía ó de no contradicción entre la razón humana y la razón católica; á eso se nos responde que hay separación. Nosotros decimos: Hay subordinación jerárquica entre estos dos poderes, y la razón católica ocupa el primer puesto; á eso se nos responde que la razón católica es la que está subordinada á la razón humana. Ved aquí toda la guerra.

Se dice que existe contradicción entre la razón humana y la razón católica: ¿y cómo? Porque, segun nuestra propia confesion, son nuestros dogmas incomprensibles. Es verdad, nosotros lo con-

cedemos, y no solo lo concedemos, sino que queremos que sea así. Ahora bien, ¿es contradictorio á la razón humana admitir dogmas incomprensibles? Yo sostengo lo contrario. ¿Qué es comprender? Es conocer una cosa con tal grado de perfección, que no se pueda suscitar una cuestion sobre ella. Desde el momento en que decís: ¿por qué? es prueba de que no habeis comprendido. Vosotros podeis conocer; yo no digo que no conozcais; pero no comprendéis, puesto que haceis una pregunta. Si comprendierais, no tendríais que hacer pregunta alguna. Ahora bien, yo os pregunto: cuál es el libro, cuál el sistema, cuál la idea, cuál la verdad respecto de las cuales no haya que preguntar: ¿por qué? Ved aquí un grano de trigo: la ciencia ha analizado este grano de trigo; sabe todo lo que contiene, y sin embargo yo diria de este grano de trigo lo que decia La Bruyere á propósito de una gota de agua: ¡Oh príncipes de este mundo, vosotros teneis ejércitos y arsenales, millares de hombres obedecen á un soplo de vuestros labios; nosotros, hombres sencillos, surcamos trabajosamente la tierra, y tenemos necesidad de agua para hacer fructificar nuestros sudores! ¡Oh príncipes, potentados, majestades, haced una gota de agua! Y yo digo: Nosotros hombres sencillos, que surcamos trabajosamente la tierra, y que tenemos en contra nuestra el granizo, el sol, la lluvia, los vientos, necesitamos de trigo. ¡Oh príncipes de la ciencia, potentados de la análisis, majestades de las academias, haced un grano de trigo! No podeis: ¿y por qué? Vosotros habeis descompuesto ese grano de trigo, sabeis todo lo que contiene, sí, todo, excepto lo que constituye un germen, excepto la fuerza, porque no se ve una fuerza sino por sus efectos, á excepcion de la fuerza que forma el germen.

Una cosa digna de atención es la sencillez de la lógica humana, que establece como una regla fundamental del arte de raciocinar, que el progreso indefinido no es admisible, es decir, que no se puede preguntar siempre: ¿por qué? Y sin duda tiene razón; pues aun cuando sea un deseo invencible del espíritu humano conocer y avanzar siempre en el conocimiento, llega un punto en que es insensato repetir de nuevo: ¿por qué? un punto en que esa lógica nos detiene, y en que estamos obligados á exclamar como aquellos viajeros llegados á las extremidades del mundo: *Sistimus hæc tandem nobis ubi defuit orbis*. Comprended, pues, que no es contradictorio á la razón humana admitir cosas incomprensibles, y que por el contrario nada admite que no sea incomprensible.

Aun se va mas lejos, y se dice: La razón católica admite mas que